

mos llegado ya al momento de venir al terreno de la practica."

Ahora bien, ¿quién podía suponer, ó tener miedo de que en esta ocasion se verificase un conflicto? El monarca era de buena pasta y muy condescendiente; los ministros no tendrían mas recursos que el de conformarse con la opinion pública; el parlamento convocaba voluntariamente los Estados; y si los aristócratas y los eclesiásticos ancianos ambicionaban todavía honores, títulos y privilegios; la juventud, que hacia alarde de la condecoracion de Cincinato, los escarneaba. Además, es de considerar, que los grandes choques suelen originarse de convicciones profundas; lo que no podía ser en aquella época objeto de atencion porque casi todos se entregaban á una tolerancia enteramente escéptica. En otras ocasiones se verificaron por cierto escenas sangrientas, ¿pero quién tuvo la culpa de eso? Podemos decir que fueron el producto tan solo, de las malas definiciones; pero á la sazón ¿qué pasiones agitadoras podían oponer resistencia á la lógica de Condillac? Nadie puede negar que los escritores hacia ya algun tiempo habian declarado la guerra á la autoridad; pero los grandes sacudimientos traen su origen de las clases mas inferiores, y en éstas no habia reparado ningun filósofo. Por lo demas, éstas no se entregaban á ninguna especie de lectura ni fijaban su atencion en las teorías proclamadas, y finalmente no querían una revolucion con caracteres de violencia, y aspiraban mas bien á un cambio pacífico. Si algunos autores escedían en declamaciones, tenían por objeto ejercitarse en magníficas y ampulosas frases y hacer gala de estilo, quedándose muy contentos si se les regalaba con un ¡bravo! ó podían lograr los honores de la persecucion.

Con este motivo no se titubeaba en creer que las meditadas doctrinas de los filósofos, y los deseos de los filántropos darian por resultado una revolucion de las mas pacíficas y satisfactorias, y por las teorías ya propagadas en las clases elevadas llegarían hasta las mas humildes; que se redactaría un catecismo compendiado, pero muy popular y lleno de moralidad; que sobre los escombros del desmoronado castillo gótico, se echarían los cimientos de un elegante edificio modelado al estilo griego, y se basaría sólidamente una religion sin prácticas supersticiosas, y un bienestar, que tendría su punto de apoyo en el conocimiento universal de todos los derechos, que corresponden al hombre.

Es cierto, por lo tanto, que el partido popular habia conseguido preponderancia en las elecciones, bien porque los nobles bretones no quisieron enviar sus diputados en razon de que no se habian respetado sus privilegios, y se habia establecido el dúplice número de representantes del tercer estado; ó bien porque los señores feudales rindieron un homenaje, desprendido de todo interes, á las buenas dotes y á las luces de que iban

adornados muchos varones pertenecientes á la clase del pueblo. En estas circunstancias los párrocos salieron mas aventajados en las elecciones que los obispos y los que disfrutaban de pingües beneficios. En Provenza se presentó candidato al conde de Mirabeau; pero el cuerpo aristocrático le rechazó de su seno por sus deshonorosas y estragadas costumbres, mientras que el tercer estado no dejó de aclamarle y declararle su único ídolo, conociendo que este varon era lo que de mas prodigioso podía encontrarse para tener en agitacion continua á la multitud, no dejándola, sin embargo, desenfrenar, y que podía lograr con su sola autoridad lo que no era dable conseguir á los magistrados.

Elecciones tan desinteresadas y tanta plenitud de poderes que se otorgaba á los elegidos, ¿no daban lugar á largas y fundadas esperanzas? además se publicaban un sin número de opúsculos con objeto de poner en claro varias cuestiones; y no dudando nadie del buen resultado, que daría el conjunto de tantas circunstancias, todos se mostraban cada dia mas osados y menos comedidos.

Pero á los que estaban avezados á profundizar las cosas, no se les escapaba, que los males tenían raíces muy hondas, y que los remedios no se podían fácilmente encontrar, atendida la division de los pareceres entre la autoridad real, las máximas parlamentarias y la opinion pública cada vez mas notable; y finalmente, no se les escapaba que era tarea muy escabrosa cambiar todos los hábitos de un pueblo.

Por lo demas, era indudable que las discusiones, alargando su término, traerían como consecuencia necesaria el público desasosiego, y que estancarian el poder, de suerte que el pueblo tomaría parte en las resoluciones, y se adelantaría para deshacer el nudo, declarándose dueño y dominador de todos los acontecimientos. Así es que, estaba en el interes del monarca anticiparse al movimiento, y Malouet, diputado de Auvernia, habló de esta manera á Necker: "No esperéis á que los Estados generales pidan ó manden: apresuraos á ofrecer cuanto pueden razonablemente desear los buenos: no defendáis lo que la esperiencia y la razon pública han demostrado ser abusivo ó que el tiempo ha corroido: no espongaís al peligro de una deliberacion tumultuosa las bases y los elementos de la autoridad real; dad ancho campo á las necesidades y votos públicos, y disponeos á repeler hasta con la fuerza lo que podrían exigir sistemas violentos y extravagantes, despeñando al país en la anarquía. Pero si el monarca no manifiesta una voluntad firme, si los cuerpos clerical y aristocrático se arman de resistencia contra las reformas, todo correrá á su perdicion."

En el palacio se hablaba de otra manera muy distinta. Decíase que se podían dirigir los Estados generales con un hilo mas sutil que el de Ariadna. Cuando en sus reuniones no obrasen de concierto, ¿no sería muy

facil sembrar la discordia entre los tres órdenes, que se miraban de soslayo! Entonces el monarca podría decirles á las claras: ó *poneros de acuerdo; ó marchaos*, y patentizando de esta manera lo inútil de esta reunion, la disolvería y volvería otra vez al ejercicio de su poder absoluto como antes, pero sin abandonar por esto su afán y su actividad con respecto á las reformas y mejoras, que los adelantos del siglo requerían, difundiendo en una nacion que desde tiempos muy remotos profesaba como su principal virtud el amor á sus monarcas.

¡Tan profundo era el letargo en que yacia la corte en la víspera de tan lastimero despertar!

Los Estados generales se abrieron bajo estos auspicios, y no tuvieron otra tarea que desempeñar sino la de decretar la revolucion, cuya época habia llegado ya irremediablemente.

ASAMBLEA NACIONAL.

El dia 5 de Mayo de 1789 se inauguraba en Versalles una asamblea, que debia postrar hasta el suelo el régio dosel y el altar con la misa del Espíritu Santo, las pompas austeras de la religion y los festejos de la monarquía. Paris, á saber, toda Francia, presenciaba con solícita curiosidad el desfile de aquellos diputados, cuya eleccion tenia por objeto poner á descubierto y corregir los abusos segun los mandatos que habian recibido de cuatro millones de ciudadanos congregados en los diversos puntos del reino, en quinientos colegios electorales: ¿cuán halagüeña esperanza no debia infundir aquella prodigiosa conformidad de miras en dar iguales poderes á los diputados, y el prevalimiento del pueblo en las elecciones? Por cuya razon no se contaban entre los trescientos diputados del clero mas que cuarenta y nueve obispos: nobles solo habia doscientos ochenta y cinco, habiendo rehusado intervenir los de Bretaña; de los seiscientos del estado medio habia ciento cincuenta y tres magistrados inferiores; ciento doce abogados, apenas setenta y seis propietarios y pocos literatos. Y ya casi hermanado el rey con el pueblo y las tres órdenes, el obispo de Nancy decia en su sermón: "Señor, recibid los homenajes del clero, los respetuosos sentimientos de la nobleza, y las humildes súplicas del tercer orden."

Entre la turba se atraían las miradas algunos ya precedidos por su buena ó triste nombradía. Felipe de Orleans, cabeza de la línea émula de la reinante, representaba los usos y libertades inglesas, que entonces tenían grandes atractivos; pero su inconstante ambicion no era lo suficiente para trasformarle en jefe popular. Lafayette, gentil y sencillo en sus maneras, con dignidad, pero sin orgullo; familiar, pero sin bajeza: marqués, habia combatido por la libertad americana; cortesano, se oponía á la corte, y vuelto de la guerra de América, mezclábase con

republicana franqueza á la multitud, que le adoraba. Sin gran genio ni pasiones violentas, dotado de entereza de ánimo y desinteresado, apacible entre el furor de opuestos partidos, amigo del imperio de la ley, incapaz de dirigir los acontecimientos, era muy propio para secundarlos, juntando á la penetracion de escéptico, el fervor de creyente. — Séiyes, ya de gran fama por su libro sobre el tercer estado, y el mas sabio de aquella asamblea, era muy adicto á las formas materiales de la constitucion inglesa: su amor á la libertad y á la justicia no salía de la esfera de las doctrinas abstractas; poseía el arte de dar la debida fórmula á las cuestiones, y como decia Talleyrand, pensaba ya cuando los demas divagaban aún en vanas ideas.

Mas que ninguno se atraía las comunes miradas Mirabeau, de cuya desmoralizada juventud ya hemos hecho mencion. Cuando escribió la denuncia del agiotaje contra Necker, el virtuoso Bulhieri le dijo (1789): "¡Vos habláis de la patria, conde de Mirabeau! si no os cubriese el rostro un velo triple de hierro, ¿cómo no os sonrojaríais al pronunciar este nombre! Una casa ligada con vínculos sociales al cuerpo político, parientes, amigos, fautores, bienes que deben utilizarse para ellos y para la patria; cumplir con los deberes de hijo, de hermano, de esposo, de padre; seguir una inclinacion honrada, esto constituye al ciudadano. Pero vos, conde de Mirabeau, ¿teneis ni uno siquiera de estos caracteres! Vos, sin asilo, sin deudos; por ordinaria vivienda teneis las cárceles, en donde encerrado, ya por la prudencia paterna, ya por los delirios á que os llevaron vuestros criminales extravíos, destilásteis el veneno de vuestro corazon, corroísteis con vuestros dientes las barras de vuestras prisiones para ejercitaros en destrozár con mas fiereza cuanto hay de venerable y sagrado."

Agobiado bajo el peso de reputacion tan espantosa, y el de sus propios rencores, sintió Mirabeau la necesidad de reconquistar el honor ostentando nobles sentimientos. El despotismo doméstico y político, si exasperó á los demas, escitó en él un furor real y verdadero, de donde resultó el mas extraño conjunto de grandezas y debilidades. La prision habia dado alas á su ingenio mediante el estudio, direccion á sus pasiones y entusiasmo á su carácter. El feliz resultado que habia conseguido por medio de su elocuencia cuando entabló el pleito con su esposa, le inspiró bastante confianza para abrirse la senda entre aquel orden de cosas, el cual, aunque débil, no dejaba de manifestarse muy tenaz; y mientras que se preparaba silenciosamente para el caso, decia: "Dejadme en la oscuridad hasta que reemplace al caos presente un nuevo orden de cosas que tenga mas regularidad; hasta que estalle una gran revolucion, sea en bien ó en mal, la cual obligue á todo buen ciudadano á cooperar á la grande obra, rompiendo el silencio y usando de su voto y de sus talentos. Esta revolucion no

se dejará aguardar mucho tiempo;" [así escribía en 1757]. Y añadía: "La nave del Estado se encuentra en un estrecho sembrado de peligrosos escollos; un buen piloto podría, sacándola de aquel paso, reponerla en alta mar; pero no le es dado ejecutarlo sin el beneplácito de su tripulación, y en tamaño apuro no puede mirarse con indiferencia ó desden el auxilio que pueda prestar un solo marinero."

Conocía, pues, Mirabeau que la revolución había llegado á su madurez, y lo conocía aun mas, porque había sido acosado por los males del régimen antiguo. Su padre consignaba estas palabras: "Ninguna mujer deja de llevar en su seno á un Arteveld ó un Masaniello;" y á nadie se ocultaba que bajo aquella corrupción fermentaba algo de grande, como los gérmenes suelen fermentar bajo el abono. El conde de Mirabeau cuando supo que se habían convocado los notables, pronunció las palabras siguientes: "Esa convocatoria tomará dentro de poco el carácter de asamblea nacional, y saldrá de su seno un nuevo orden de cosas destinadas á regenerar la monarquía." Viéndose excluido de la categoría aristocrática, no tanto por los vicios que manchaban su reputación, como por su descaro y por sus ideas, levantó la voz contra aquella injusticia, y puso en juego todos sus resortes para halagar al pueblo. "Estoy persuadido, decía, de que el pueblo tiene siempre en su abono la razón cuando se queja; estoy persuadido de que no sabe oponerse con bastante ahínco para lograr reparación de los agravios; estoy persuadido de que demuestra á cada paso que ignora completamente que para ser formidable no necesita mas que permanecer inmóvil. El poder mas fuerte, y al que no puede tacharse de culpable, consiste en retraerse de toda especie de actos." Así ponía de manifiesto sus intenciones y todos los medios que poseía. Su mucha actividad, y el terror que inspiraba su carácter, le facilitaron el logro de sus deseos. El pueblo, á quien suele lisonjearse con el *alto renombre de ciego*, tan solo porque ve las cosas en toda su claridad, conoció desde luego que Mirabeau era el hombre á propósito para sus necesidades, é hizo lo que siempre, esto es, se colocó al lado del genio, porque el pueblo se encuentra en el caso de buscar de cualquier modo que sea, una mano robusta que lo guíe. El conde de Mirabeau consiguió ser elegido por obra del pueblo, á pesar de que su nombre era objeto de abominación, porque en los grandes sacudimientos el mundo es patrimonio de los fuertes. Este hombre, proscripto por los aristócratas y aclamado por la gente plebeya, se presentó en la asamblea con ánimo de destruirlo todo sin consideración de ninguna especie, teniendo la íntima convicción de que cualesquiera que fuesen los males que perpetrara, no dejarían siempre de ser menores que aquellos de que se le creía capaz. Los del estado llano, que ocupaban

puesto entre los elegidos, no estaban desprovistos de ingenio; pero carecían completamente de práctica en los asuntos políticos, mientras que Mirabeau tenía todo el tacto que se requiere en los negocios de Estado; si esponía las ideas y planes ajenos, poseía el fino arte de darles un aspecto propio, y añadiendo con su elocuencia algunas pocas páginas á las obras de otros, parecían emanadas de su pluma; su conversacion tenía todos los atractivos que pueden cautivar el corazón (1); y finalmente, se le podía definir como un orador perfecto en una asamblea de retóricos.

Este personaje y otros pocos individuos iban tomando formas gigantescas entre ministros ineptos y un crecido número de personas, que no podían descollar por sus talentos políticos, y que á pesar de sus deseos de conseguir lo mejor, no sabían discernirlo. Estos no ignoraban los males, pero no habían meditado acerca de sus remedios, y los esperaban de la ventura.

El cristianismo había proclamado ya que no media diferencia ninguna entre los hombres ante el Todopoderoso; pero ahora se quería establecer la igualdad ante las leyes, era el único deseo cortar de raíz las distinciones de raza, que la barbarie había introducido, y la diferencia entre las varias clases del Estado; anhelábase anular los privilegios de familia con respecto á las propiedades, y los que se basaban en la mayor edad, y en la diferencia del sexo entre las mismas familias; pretendíase adoptar iguales medidas para someter una nación á reglas uniformes de justicia, subdividir la propiedad, hacer de modo que todas las clases sociales disfrutasen de cierta comodidad, colocar en un puesto honroso el trabajo, no limitar el derecho de cada uno mas de lo que pudiese exigir el ejercicio de los derechos comunes, esto es, que cada cual no pudiese ser estorbado en su derecho propio siempre que no perjudicase los ajenos; y finalmente, se pretendía establecer una igualdad noblemente adquirida con cierto orden de cosas que no alterase ni menguase la libertad.

(1) Los autores contemporáneos del conde de Mirabeau, están acordes en que este personaje extraordinario seducía con los encantos de su conversacion, con sus oportunidades, que tenían siempre algo de nuevo y grande, y con la lógica de sus raciocinios á los mismos hombres, que le despreciaban por sus vicios y estragadas costumbres, y que cuando se entusiasmaba, se descubría en el fondo de su alma el germen de sentimientos elevados, que podían convertirse en virtudes heroicas. Las palabras siguientes de Garat servirán para confirmar lo que acabamos de referir: "Es imposible despues de haber conversado con el conde de Mirabeau familiarmente y con aquella franqueza, que quita el velo de toda ficción, no quedar persuadido de que las emociones de su alma puedan fácilmente convertirse en virtudes."

[Nota del traductor.]

Los aristócratas, que tambien en la revolución suelen mirar con afecto el buen orden y la superioridad del mando que pretenden ejercer, ponían de manifiesto por medio de sus representantes, que deseaban tener garantías que escudasen su clase contra el monarca, contra el brazo clerical, y contra el tercer estado. Con respecto á la primera petición, he aquí sus pretensiones: arrasar la Bastilla, la convocación periódica de los Estados generales, y la cobranza de los impuestos, previa licencia de la asamblea; con respecto al clero, exigían la absoluta abolición de los diezmos, la venta de una porción de los bienes eclesiásticos, para amortizar la deuda pública, y la supresión de las órdenes monásticas; y por último, con respecto al tercer estado pretendían que se crease un orden denominado de los campesinos; se estableciese un ceremonial para las asambleas; se constituyese una corte ó tribunal heráldico que tuviese el especial encargo de sujetar á exámen los títulos de los nobles, y se concediese llevar espada únicamente á los hidalgos. El cuerpo aristocrático, para dar una compensación á lo que las demas clases concedieran, se sometía voluntariamente á pagar las contribuciones, como los demas ciudadanos, pero *temporalmente*, y á despojarse de los derechos anexos al feudalismo, pero bajo condición de que se les diera una indemnización.

Entre los eclesiásticos que formaban parte de la asamblea, se comprendían personas de la mas elevada gerarquía por su nacimiento, y otras de cuna muy humilde y plebeya, por lo que en esta clase los deseos tenían cierto carácter indeterminado, vago y contradictorio; y los remedios, ó los que parecían tales, que proponían algunos, no estaban conformes con las pretensiones de otros. No obstante, tuvieron preponderancia las opiniones liberales, á saber: la renuncia de los privilegios y la participación en los impuestos públicos como los demas ciudadanos. Algunos pusieron de manifiesto que era una injusticia sujetar á secuestro los instrumentos de trabajo que pertenecían á los pobres, y que los jornaleros solamente debían quedar exentos del pago de las contribuciones. En resolución, aquellos mandatos contenían todo lo que fué pedido posteriormente (1). Y no ca-

[1] El que quiera leer con detención las actas (*cahiers*) dadas por los electores á sus representantes, conocerá desde luego que no se pidió nada posteriormente, que no hubiese sido pedido antes. Conviene leer el informe que dió á la asamblea Clermont Tonerre, el 27 de Julio de 1789. Sus resultados eran los siguientes.

Principios admitidos.—Art. 1.º El gobierno francés es monárquico.

2.º La persona del rey es sagrada é inviolable.

3.º La corona es hereditaria de varon en varon.

HISTORIA.—22.

be duda que ocupaban la mente de aquellos hombres, que se habían empapado en las doctrinas de los economistas y de los filántropos, ideas bastante generosas. Así es, pues, que reunidos con el solo objeto de arreglar la hacienda pública, dirigieron sus miradas á cosas de mayor trascendencia, proponiéndose renovar la constitución, y dar otra dirección á las relaciones, que mediaban entre el clero y la nobleza, entre el tercer estado, el parlamento y el monarca; y esta revolución no ofrecía las mayores dificultades en razón de que se había ya verificado en parte con respecto á las ideas, y no se trataba mas que de venir al terreno de la práctica.

El monarca, por lo demas, habría podido guiarla, dando su consentimiento para las reformas y mejoras que cada cual anhelaba, formalizando una constitución en bases fijas, estableciendo como garantía la responsabilidad de los ministros, y acordando la convocación periódica de los Estados generales, que debían tomar parte con el ejercicio de

4.º El monarca es depositario del poder ejecutivo.

5.º Los agentes de la autoridad deben dar cuenta de sus actos.

6.º La ratificación del rey es imprescindible para la promulgación de las leyes.

7.º La nación hace la ley con la ratificación real.

8.º Es necesario el consentimiento nacional para contraer empréstitos y para las contribuciones.

9.º Solamente se pueden conceder los impuestos por el término que media entre una legislatura de los Estados generales, y la apertura de la siguiente.

10. La propiedad es sagrada.

11. Es sagrada la libertad individual.

Cuestiones sobre las cuales la mayoría de los diputados no se ha explicado.

Art. 1.º Las leyes constitucionales del reino, ¿ponen coto al poder legislativo del rey?

2.º ¿Puede el rey dar por sí solo leyes temporales de policía y de administración, durante las sesiones de los Estados generales?

3.º Estas leyes, ¿deberán ser sometidas al libre registro de los tribunales supremos?

4.º ¿Tienen los Estados generales el privilegio de poderse disolver por sí mismos?

5.º ¿Puede el rey por sí solo convocar, prorrogar y disolver los Estados generales?

6.º Disolviéndolos, ¿está el rey obligado á hacer nueva convocación dentro de un breve plazo?

7.º Los Estados generales ¿serán permanentes ó periódicos?

8.º En caso de ser periódicos, ¿deberá haber ó no una comisión intermedia?

9.º ¿Se unirán los dos primeros órdenes en una misma cámara?

10. ¿Se formarán las dos cámaras sin distinción ninguna de órdenes?

11. ¿Serán repartidos los miembros del clero entre los otros dos órdenes?

su poder en todos los actos legislativos. Estas eran las ideas que por do quiera circulaban en la ciudad. La reina, no ignorando que era malquista del público, se abstenía de tomar parte en los asuntos del Estado; pero el monarca sabía por el contrario que sus súbditos alimentaban hacia él sentimientos benévolos porque los merecía. Hallábase la corte en esta situación. Necker estaba persuadido de que la opinión seguía el mismo rumbo que la sabiduría y la moderación, por lo cual suponía que con su retórica de hacendista, podría conseguir que el pueblo marchase más despacio y con cierta timidez, á pesar de que había avanzado audazmente. En fin, todos tenían mucha fe en la omnipotencia de la filosofía, y pretendían que sus destellos se extendieran á todas las clases de la nación. Pero los hombres previsores, que notaban en la marcha de los negocios síntomas terribles, no se dejaban deslumbrar con pensamientos semejantes.

Los seiscientos diputados de la asamblea no se conocían unos á otros, y no estaban

12. La representación del clero, de la nobleza, y del tercer estado, ¿deberá ser en la proporción de los números 1, 2, 3, 4 etc?

13. ¿Se creará un nuevo orden con el título de orden de los campesinos?

14. Los individuos que tienen cargos, empleos ú oficios en la corte, ¿pueden ser diputados á los Estados generales?

15. ¿Serán necesarias las dos terceras partes de los votos para hacer adoptar una resolución?

16. ¿Continuarán cobrándose hasta la extinción de la deuda nacional, los impuestos que tienen por objeto su liquidación?

17. ¿Serán abolidas ó solamente modificadas las cédulas de prisión? (Lettres de Cachet).

18. ¿Será indefinida ó modificada la libertad de imprenta?

El informante no presentaba más que las declaraciones y proposiciones relativas á las bases de la constitución; pero es menester conocer también las otras proposiciones de que no debía hacer mérito la asamblea, y tener en consideración los deseos que la Francia expresó la primera vez que le fué posible expresarlos. En resolución, la mayor parte de los diputados pidieron: La admisión de todos los ciudadanos á los cargos civiles y militares; la igualdad en las penas; la supresión de la venalidad de los destinos; el rescate de los derechos feudales y señoriales; la revisión de los códigos civil y criminal; la institución de los tribunales de conciliación; la supresión de los tribunales señoriales, de los derechos de feudo libre, de las aduanas interiores, de los derechos de puertas, de los subsidios, de los trabajos tributarios; la asignación fija para los gastos de todos los ramos del servicio del Estado; la extinción de la deuda pública; la tolerancia de los diversos cultos, admitido que la religión de la mayoría de los franceses era la dominante; el mejoramiento de la condición de los párrocos; la abolición de las quintas, etc.

enterados de lo que constituye las formas parlamentarias. Muchos, y con especialidad entre los individuos que pertenecían al estado llano, estaban asociados á la secta masónica, cuyo grande oriente en Francia era Orleans. Los prelados alimentaban cierta confianza de que se pondría coto al espíritu irreligioso que dominaba, pero un crecido número de párrocos intervenía en la asamblea con la esperanza de allanar los obstáculos que pudieran oponerseles en la carrera de las dignidades más elevadas. Los filosofistas dirigían, hacia ya mucho tiempo, todas sus maquinaciones contra el edificio religioso para destruirlo; la clase media no tenía más norte que el que le indicaba un tropel de banqueros y hacendistas, que se esforzaban en pescar en río revuelto para poder dar más ensanche á sus especulaciones, y algunos abogados que habían atesorado en los clubs y en la enciclopedia con precipitación ó insensatez delirante un barniz de teorías políticas, de que hacían alarde á cada paso, hermanando las doctrinas de Helvecio con las de Voltaire y Port-Royal, encubriendo sus miras personales y guiadas por el interés con palabras retumbantes. Unos, educados en la escuela de Mably, idolatraban las repúblicas, que florecieron en tiempos remotos, y cuyas instituciones únicamente admiraban como tipo de perfección; otros, que se habían empapado en las ideas de Raynal, miraban con encono toda especie de instituciones; éstos, secuaces de Diderot querían desahogar su odio contra la religión y el orden clerical; la mayor parte dejábase arrastrar de su mucho afecto por el *Contrato social*, que en la revolución francesa hizo el mismo papel que la Biblia en la inglesa. Así es, pues, que la revolución no tenía ya una relación directa con los literatos, habiéndose convertido en una revolución cuyos resortes eran los intereses y las pasiones.

Fuera de la asamblea se hallaban las clases medias (1) formadas de personas bondadosas, pero de índole tímida, fáciles en dar crédito á lo que se les dijera, y anhelosas de las novedades porque les ofrecían el placer que suele producir cualquier espectáculo. Á éstas se unía una chusma que se había dirigido á París á consecuencia del hambre que la acosaba y de un invierno muy riguroso, deseosa de trastornos para poder dar

(1) Borghesi (burgueses). Los modernos traductores han hecho ya como de uso rigoroso la traducción imperfecta de *clase media*, que coincidiendo en las exigencias de la costumbre establecida, empleamos con repugnancia, pues sabido es, que *borghese* se llamaba al hombre que fuese ó no muy acaudalado y que pertenecía al *burgo* ó aldea, y si bien no tenía título de nobleza, estaba exento de toda sujeción feudal; mientras que entre nosotros el hombre de la *clase media* puede tener títulos de nobleza.

[Nota del traductor.]

rienda suelta á su ferocidad enconada, de la que había dado ya indicios precursores y terribles. Tantos libros y una serie de acontecimientos no interrumpidos, habían exaltado los ánimos hasta el fanatismo con la novedad de las ideas que habían hecho brotar; así que, estaban para dar un estallido, y para arrastrar á la exageración á hombres que se habían manifestado siempre de ánimo tranquilo y de corazón muy recto, mientras que no titubeaban ahora en bañar sus manos en sangre, persuadidos de que esto era un bien; y es finalmente de notar, que las ideas tan exaltadas recibían aún su impulso de aquellos mismos á quienes incumbía sujetarlas á reglas sensatas. Todos alimentaban deseos indeterminados y esperanzas gigantescas, y existían en todos una necesidad innovadora é ilimitada y un espíritu general de demolición; pero ninguno había sabido fijar de antemano sus ideas acerca del nuevo edificio, que debería levantarse sobre los escombros del antiguo. La corte lo ignoraba todo más que nadie, y entre tanta confusión no columbraba sino un puente provisional, que encubría el abismo: sin embargo, en vez de tomar la iniciativa malgastaba su tiempo en ordenar celosamente el ceremonial de la asamblea y prescribir los trajes y uniformes que debían servir para los diputados en aquella circunstancia. Y es también de considerar, que la corte adoptó medidas muy á propósito para exacerbar los rencores, pues que dispuso legalmente la distinción que debía mediar entre los tres órdenes, estableciendo que el clero y los de la clase aristocrática se presentarán en traje de gran gala, con plumas, entorchados, y mantos recamados; y los representantes del estado llano en traje negro y sencillo, asimilándolos de esta manera á lacayos que siguen las huellas de sus amos. Ordenóse también como parte de aquel ceremonial que para los nobles y el clero se abriera de par en par la puerta de la asamblea, al paso que para los del estado llano no se abrió más que una sola hoja de la puerta, facilitándoles la entrada, después de haberlos dejado espuestos á la intemperie de la atmósfera y á la lluvia, entre una multitud apiñada que gritaba, ó para hablar en términos más precisos, aullaba: *¡viva el tercer estado!*

Luis, que no tenía la mayor confianza en sí mismo, y que era muy propenso á establecer mejoras, pero temeroso de que la anarquía tomase incremento, creía poder conseguir sus deseos conservando la balanza entre las disensiones que se habían manifestado desde los primeros momentos entre los órdenes de los Estados generales. En efecto, los aristócratas que querían conservar sus prerogativas, se esforzaron desde un principio en deprimir á la clase media, cuando no fuese otra cosa, con las modas, ostentando mucha pompa con ricos mantos, con roquetes, con plumas, con entorchados y con galones, mientras que los individuos de

la clase media llevaban un traje negro muy sencillo y sombreros de tres picos; ¿pero de qué valían estas distinciones? La opinión popular había prorumpido en grandes aplausos, cuando los tres órdenes se presentaron sin distinción ninguna con motivo del recibimiento que se verificó con respecto á los diputados del Delfinado.

El encono del pueblo se dirigía más bien á la aristocracia que al monarca; en efecto, después de tantas vicisitudes, la más cruel experiencia dió á conocer que el trono se restablecía, mientras que la nobleza no pudo volver á levantar cabeza. Su principal culpa consistía en creer, que fuese no tan solo una institución ó un cuerpo destinado á hacer papel como función social, sino también una casta superior; y todo el germen de la revolución se encerraba en la gran cuestión de si se debía votar por individuos ó por órdenes. Un crecido número de los miembros clericales alimentaban la esperanza de que se les presentaría una ocasión plausible para declararse favorables al tercer estado; pero el orden aristocrático en vez de economizar sus fuerzas para las circunstancias de gran trascendencia, revelaba sentimientos hostiles en los asuntos más fútiles. En efecto, cuando llegó el punto de examinar las actas, no quiso convenir en que esto se verificase en común, y sostuvo con terquedad que se debían observar las prácticas de 1614, oponiéndose de esta manera al progreso de dos siglos. Su conducta, siempre orgullosa, exasperó el encono del estado llano; su resistencia dió alas á la ambición, y los plebeyos, encendidos en ira por las mofas que les prodigaban las personas que sin disfraz ninguno les daban á entender que nada conseguirían, produjo por resultado que sus representantes elevasen hasta el extremo sus pretensiones, y que á pesar de las tradiciones históricas y de las teorías abstractas que estaban en boga, viniesen á considerarse como representantes de veinticinco millones de franceses, que componían una nación laboriosa, mientras que los demás representantes no podían merecer, según el pueblo, más que el título de delegados de ciento cincuenta mil propietarios que se calificaban de *estériles*.

Podemos decir, pues, si queremos mirar la cuestión bajo su verdadero punto de vista, que el golpe decisivo se descargó desde la primera sesión. El gobierno, que se encontraba en el caso de desplegar toda su energía tomando la iniciativa, observando una conducta muy distinta lo abandonó todo á la discusión; el conde de Mirabeau en el *Diario de los Estados generales* se sirvió de las armas que proporciona la libertad de la prensa, antes de que se estableciera, y se colocó por este medio en una posición muy ventajosa, publicando las sesiones con una franqueza y un tono tan libre y altivo como no se había visto hasta entonces. En este diario, después de haber manifestado su re-

probacion á los excesivos aplausos, añadia estas palabras: "comprendan de una vez los representantés de la nacion la alta dignidad de su cargo y la grandeza del carácter de que se hallan revestidos; no intenten manifestarse entusiastas á toda costa y sin justos motivos; eviten hacer el papel, á la faz de Europa, de estudiantes que se regocijan porque se les ha concedido una semana mas de vacaciones; y finalmente, condúzcanse como hombres, y como lo mas selecto de un pueblo, el cual necesita tan solo una constitucion para ocupar el primer puesto en el mundo."

De esta manera Mirabeau llegó á constituirse en órgano de la asamblea, tomando el tono de su maestro y regulador, y sirviéndose de la libertad de la prensa. Cuando fué suprimido su periódico, del que ya hemos hablado, empezó otra publicacion; clamó contra los ministros, dijo que éstos ocultaban su propia ineptitud con el velo de la autoridad real, y logró levantar una valla entre los ministros y el monarca, estableciendo otra base de las mas principales del sistema representativo.

Este personaje, acogido por unos con sentimientos de odio, y por otros con entusiasmo, lo que probaba á las claras su mucha capacidad como hombre de Estado, sirvió de guía á la clase media, á quien llevó por el laberinto en que buscaba á la ventura un porvenir vago é indeterminado. Mirabeau, en quien la pasion y el genio se hermanaban, parecia cada vez mas gigante en aquel espantoso torbellino de ideas precursoras de las sociedades que se desplomaban porque han tocado ya á su término. Mirabeau era á la sazón el mas vivo retrato del pueblo. Obligado á estar bajo tutela, aun despues de su mayor edad, como el pueblo habia sucedido, obligado como éste á sujetarse al yugo de un dominio paterno, rigoroso, legal, inflexible, como el pueblo lo habia experimentado; obligado á vivir pobre en medio de la opulencia, rebajado entre los privilegiados, y desprovisto de buena educacion como con respecto al pueblo se habia observado; desigual en su carácter, ya violento, ya cínico como el pueblo; sublime, fecundo, robusto en su elocuencia, se despertó tambien como el pueblo del letargo en que yacia, y manifestándose simultáneamente codicioso y lleno de sentimientos generosos, se presentaba ahora con osadía para reivindicar sus olvidados derechos. El guante que habia arrojado á la clase en cuyo seno habia nacido, le asemejaba á un hombre que se ofrece voluntariamente en holocausto, al paso que las persecuciones de que habia sido blanco, le servian de atemural, para que sus muchos sacrificios no tomasen una forma ridícula; y por otra parte, su inmoralidad le ponía en el caso de ejercer un gran dominio sobre los perversos que suelen poner su fe en los de su mismo linaje. El prestigio de grandeza que Mirabeau adquirió en la tribuna, emana-

naba del mismo pueblo, cuyos instintos determinados formulaba y convertía en deseos, apoyándolos en racionales lógicos y en sistemas que no perderian nunca de vista las mejoras; cuando las opiniones tenian todavía un carácter vacilante, Mirabeau decidía, valiéndose de aquellas palabras definitivas, que son patrimonio exclusivo de los grandes varones; y finalmente, lo que se desprendía de sus labios, atraía las voluntades, era aceptado como sentencia inapelable y repetido por do quiera; así que la asamblea se encontraba en la precision de decretarlo de grado ó por fuerza (1). Cuando se discutíó acerca del nombre que mejor conviniere á aquella gran reunion, Mirabeau propuso que se le diera el de representantes del pueblo francés; pero sus palabras escitaron un murmullo general, porque la voz "pueblo" solía tomarse en un sentido abyecto. Fué entonces cuando Mirabeau queriendo justificarlo, dijo:

"No me hace impresion el sentido que se da á las palabras en el lenguaje que es un producto de absurdas preocupaciones; yo pretendia hablar en esta reunion el idioma propio de la libertad, y me fundaba en el ejemplo que nos ofrecen Inglaterra y los anglo-americanos que aclaman con honor esta voz *pueblo*, que está siempre consignada como palabra sagrada en sus declaraciones, en sus leyes, en su política. Cuando Chatham compendiando en una palabra únicamente *la carta de las naciones*, dijo, *la majestad del*

(1) En los momentos mas borrascosos de la revolucion, dice Mr. Suard, Mirabeau parecia sostenerla por la sola fuerza de su brazo, siempre audaz y rico en nuevos recursos. Cuando la divergencia de los intereses ó los temores infundian el desaliento, Mirabeau subía á la tribuna y apenas comenzaba á hablar, la indecision que se habia apoderado de los ánimos se desvanecia, y los pensamientos divididos parecian atraerse para formar un todo. Este ilustre orador, cuando hablaba, no perdía nunca de vista el punto mas importante de la cuestion; reanimaba el espíritu de sus oyentes, con los destellos de su genio, y nadie se atrevía á creer que tuviese un derecho á contradecirle, aun cuando sus palabras no le hubiesen plenamente convenido.

Lo que distinguía con especialidad el talento de Mirabeau, era el brillo y la fuerza de sus pensamientos; sostenía la atencion general con su magnífica elocuencia llena de tropos y oportunidades cada vez mas nuevas; llamaba la atencion de todos con arranques inesperados y luminosos; las emociones que producian sus discursos tenian siempre alguna cosa de grande y prodigioso; y la misma madama Stael, que estaba prevenida contra tantas fascinaciones por el resentimiento que alimentaba contra Mirabeau, que habia sido uno de los mas grandes opositores de su padre, no pudo permanecer indiferente á la fuerza de su elocuencia.

(Nota del traductor.)

pueblo; cuando los anglo-americanos sustituyeron con los derechos naturales del pueblo todo aquel farrago, que componía la ciencia de los publicistas, supieron justamente apreciar la mucha energía de esta espresion "*pueblo*," que tiene tanta fuerza y valor en el lenguaje de la libertad. Es una dicha incalculable para nuestro idioma, que en su misma pobreza, no nos haya negado un vocablo que nos dé una calificacion sin rebajarnos, que nos defina sin darnos un carácter terrible: un vocablo que nadie pueda disputarnos y que en su admirable llaneza nos granjee el afecto de nuestros comitentes, sin causar espanto á aquellos personajes contra cuyas ufanas pretensiones tenemos que pelear: un vocablo que se preste á tomar mil formas y que presentándose hoy muy modesto, puede contribuir á engrandecer nuestra existencia, si las clases privilegiadas se manifiestan mas tenaces en sus errores y nos obligan á emprender la defensa de los derechos nacionales, y de la libertad del pueblo francés: por lo cual no desisto de mi proposicion, la adopto, la sostengo y proclamo la espresion de *pueblo francés*, apoyándome en las mismas razones que se arguyen para rechazarla. Sí por cierto, la sostengo, porque el nombre de pueblo nos inspira en Francia el debido respeto; porque está deslucido y encubierto bajo el fatal influjo de las preocupaciones; porque nos presenta una idea que aterra á la altivez y que ocasiona repugnancia á la vanidad; porque este vocablo se pronuncia con escarnio en la cámara de los aristócratas, por lo cual justamente, señores, debemos á toda costa no tan solo admitirle, sino darle un carácter noble, y hacer de modo que desde ahora se respete por los ministros y se grave con afecto en todos los corazones. Aun cuando este nombre no fuese de nuestra propiedad mereceria siempre ser preferido á todos los demas, ser mirado como el que nos ofrece la ocasion mas favorable de prestar nuestros servicios á ese pueblo que existe, á ese pueblo que compone el todo, á ese pueblo cuyos representantes somos nosotros, y la defensa de cuyos derechos hemos tomado á nuestro cargo; á ese pueblo de quien nosotros mismos derechos se derivan, á ese pueblo, finalmente, que no puede avergonzarnos si tomamos de él nuestros nombres y nuestros títulos."

Los diputados convinieron todos en aquella sententia, y adoptaron el nombre de Asamblea nacional: así finó lo pasado y la revolucion echó raíces mas hondas de lo que se hubiera podido imaginar.

La asamblea empezó acto continuo á entrar en el ejercicio de su autoridad; dando su legalizacion á los impuestos y ordenando que cesasen cuando fuese disuelta; y finalmente, puso coto á la bancarota próxima á verificarse, escudando la deuda pública bajo la salvaguardia de la lealtad de la nacion francesa. Procedimientos tan atrevidos, cuanto bien calculados, inspiraron nueva confianza

al pueblo y aterraron á los aristócratas, que en aquella circunstancia pactaron una conciliacion con la corte, para refrenar la superioridad que iba adquiriendo el tercer estado. Habiendo notado Necker, que aquel movimiento tomaba cada vez mas vigor, proyectó una constitucion parecida á la que fué otorgada en una época posterior, y despues de haber trascurrido cinco lustros de grandes calamidades; pero el monarca, á instigacion de María Antonieta y de los príncipes de la sangre, pretendió modificarla y dispuso con este objeto todo lo necesario para celebrar una sesion régia. Con motivo de los preparativos que se requerian para el caso, el salon de las sesiones fué cerrado; pero los representantes del tercer estado continuaron sus reuniones en el sitio señalado para el juego de pelota ó *trinquete*, (10 de Mayo de 1789); y acogiendo con agrado las exhortaciones del eminente astrónomo Bailly, que era decano de la asamblea, pronunciaron el solemne juramento de que no se disolverian hasta haber dado cumplimiento á la regeneracion del orden político (1).

El rey hizo todo lo que estaba á su alcance para dominar aquel gran movimiento; otorgando tantas concesiones, como ningun otro monarca lo habia verificado hasta entonces;

(1) Ahora que nuestro autor entra de lleno en la narracion de los hechos mas ruidosos de la revolucion francesa, nos es preciso consignar en estas páginas lo que sigue. Mr. Thiers se ha granjeado muchos aplausos en varios países de Europa y con especialidad en España, por su Historia de la revolucion francesa en 1789; pero tantos elogios le han sido inmerecidamente prodigados, porque su obra carece de reflexiones políticas, y lo que es mas aún, de exactitud en la narracion de los hechos. Este autor no ha hecho mas que recopilar todos los artículos que los periódicos franceses de aquella época dieron á luz, esponiéndolos á manera de crónica. ¿Nos dá á conocer por ventura en los preliminares de su historia las causas de aquella gran revolucion? ¿podemos formarnos con su libro en la mano una idea cabal de la política que adoptaron los enemigos de Francia? ¿En su narracion se encuentran bien retratados los individuos que tomaron parte en aquellos acontecimientos? ¿Quién ignora el valor prodigioso de que los españoles hicieron alarde en el combate de Trafalgar tan noblemente cantado por el patriarca de los vates hispanos, señor Quintana? Los demas historiadores notan con particularidad, que Nelson, asombrado del valor de la armada española, y de los elevados talentos que habia desplegado el almirante Gravina, en aquella circunstancia, gritaba en alta voz: "Señores, la victoria es nuestra, pero salvad á Gravina, salvad á Gravina;" los mismos escritores franceses reprueban la conducta que observó entonces el almirante Mr. Villeneuve, el cual despues de haber trabado el combate en un paraje desventajoso para él, y contra los espresos mandatos del emperador Napoleon, deshonró su pendon con la fuga. . . y sin embargo, Mr. Thiers